

26 OCTUBRE 2025
DOM-30C



1. CONTEXTO

LA ORACIÓN DE JESÚS

La experiencia de Dios fue central y decisiva en la vida de Jesús. El profeta itinerante del reino, curador de enfermos y defensor de pobres, el poeta de la misericordia y maestro del amor, el creador de un movimiento nuevo al servicio del reino de Dios, no es un hombre disperso, atraído por diferentes intereses, sino una persona profundamente unificada en torno a una experiencia nuclear: **Dios, el Padre de todos**. Es él quien inspira su mensaje, unifica su intensa actividad y polariza sus energías. Dios está en el centro de esta vida. El mensaje y la actuación de Jesús no se explican sin esa vivencia radical de Dios. Si se olvida, todo pierde su autenticidad y contenido más hondo: la figura de Jesús queda desvirtuada, su mensaje debilitado, su actuación privada del sentido que él le daba.

Su experiencia de Dios le empuja a liberar a las gentes de miedos y esclavitudes que les impiden sentir y experimentar a Dios como él lo siente y experimenta: **amigo de la vida y de la felicidad de sus hijos e hijas**. Y lo mismo que los profetas de otros tiempos, abre su corazón a Dios para escuchar lo que quiere decir en aquel momento a su pueblo y a él mismo. En medio de su intensa actividad de profeta itinerante cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad. Las fuentes cristianas han conservado el recuerdo de una costumbre que causó honda impresión: **Jesús se solía retirar a orar**. Jesús no se contenta con cumplir rutinariamente la práctica general. A veces se levanta muy de madrugada y se va a un lugar solitario a orar ya antes del amanecer;

otras veces, al terminar el día, se despidió de todos y prolonga la oración del atardecer durante gran parte de la noche.

Esta oración de Jesús no consiste en pronunciar verbalmente los rezos prescritos. Es una oración sin palabras, de carácter más bien **contemplativo**, donde lo esencial es el encuentro íntimo con Dios. Es lo que busca Jesús en esa atmósfera de silencio y soledad.

Es poco lo que sabemos sobre la postura exterior que adopta Jesús al orar. Casi siempre ora de pie, como todo judío piadoso, en actitud serena y confiada ante Dios, pero las fuentes nos dicen que la noche que pasó en Getsemaní, la víspera de su ejecución, ora “postrado en tierra”, en un gesto de abatimiento, pero también de sumisión total al Padre. (Mc 14,35). Refiriéndose a esa noche de Getsemaní, un escrito cristiano redactado entre los años 65 y 67, y que se llama tradicionalmente carta a los **Hebreos**, dice que Jesús oraba “**con gritos y lágrimas**” (5,7).

Jesús se expresa ante Dios con total sinceridad y transparencia, incluso con su cuerpo. Al parecer, tenía la costumbre de orar “**elevando sus ojos al cielo**” (Marcos 7,34; Juan 11,41; 17,1), algo que no era frecuente en su tiempo, pues los judíos oraban de ordinario dirigiendo su mirada hacia el templo de Jerusalén, donde, según la fe de Israel, habita la **Shekiná**, es decir, la **Presencia de Dios** entre los hombres.

Jesús sabe bendecir a Dios en cualquier momento del día. Le sale con toda espontaneidad esa típica oración judía de “bendición” que no es propiamente una acción de gracias por un favor recibido, sino un grito del corazón hacia aquel que es la fuente de todo lo bueno. Al “bendecir”, el creyente judío orienta todo hacia Dios y remite las cosas a su bondad original.

Jesús ora también **al curar a los enfermos**. Lo trasluce su gesto de imponer sobre ellos las manos para bendecirlos en nombre de Dios y envolverlos con su misericordia. Mientras sus manos bendicen a los que se sienten malditos y transmiten fuerza y aliento a quienes viven sufriendo, su corazón se eleva a Dios para comunicar a los enfermos la vida que él mismo recibe del Padre. Repite el mismo gesto **con los niños**. Hay ocasiones en que Jesús “los abraza y los bendice imponiéndoles las manos”. Los pequeños deben sentir antes que nadie la caricia de Dios. Mientras los bendice, pide al Padre lo mejor para ellos.

La oración de Jesús posee rasgos inconfundibles. Es una oración sencilla, “en lo secreto”, sin grandes gestos ni palabras solemnes, sin quedarse en apariencias, sin utilizarla para alimentar el narcisismo o el auto-engaño. **Jesús se pone ante Dios, no ante los demás**. No hay que orar en las plazas para que nos vea la gente: “*Tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto*”. Es, al mismo tiempo, una oración espontánea y natural; le nace sin esfuerzo ni técnicas especiales; brota de la profundidad de su ser; no es algo añadido o postizo, sino expresión humilde y sincera de lo que vive. Su oración no es tampoco un rezo mecánico ni una repetición casi mágica de palabras. No hay que multiplicar fórmulas, como hacen los paganos hasta “cansar” a los dioses, creyendo que así serán

escuchados. Basta con presentarse ante Dios como hijos necesitados: *“Ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis”*. (Mateo 6,5-6). Al no tener una habitación privada en ninguna casa, Jesús se retiraba al monte o a un lugar apartado. (Mateo 6,7-8). **Su oración es confianza absoluta en Dios.**

Jesús vive desde la experiencia de un Dios Padre. Así lo capta en sus noches de oración y así lo vive a lo largo del día. Su Padre Dios cuida hasta de las criaturas más frágiles, hace salir su sol sobre buenos y malos, se da a conocer a los pequeños, defiende a sus pobres, cura a los enfermos, busca a los perdidos. **Este Padre es el centro de su vida.**

A Jesús le gusta llamar a Dios “Padre”. Le brota de dentro, sobre todo cuando quiere subrayar su bondad y compasión. Lo llamaba *Abbá*. Le vive a Dios como alguien tan cercano, bueno y entrañable que, al dialogar con él, le viene espontáneamente a los labios solo una palabra: **Abbá, Padre mío querido.**

Las primeras palabras que balbuceaban los niños de Galilea eran: *immá* (“mamá”) y *abbá* (“papá”). Así llamó también Jesús a María y a José. Por eso, *abbá* evoca el cariño, la intimidad y la confianza del niño pequeño con su padre. Sin embargo, no hemos de exagerar. Al parecer, también los adultos empleaban esta palabra expresando su respeto y obediencia al padre de la familia patriarcal. Llamar a Dios *Abbá* indica cariño, intimidad y cercanía, pero también respeto y sumisión.

Para él es un dato primordial e indiscutible, que se impone por sí mismo. **Dios es una Presencia buena que bendice la vida.** La solicitud amorosa del Padre, casi siempre misteriosa y velada, está presente envolviendo la existencia de toda criatura.

Lo que define a Dios no es su poder, como entre las divinidades paganas del Imperio; tampoco su sabiduría, como en algunas corrientes filosóficas de Grecia. La realidad última de Dios, lo que no podemos pensar ni imaginar de su misterio, **Jesús lo capta como bondad y salvación.** Dios es bueno con él y es bueno con todos sus hijos e hijas. Lo más importante para Dios son las personas; mucho más que los sacrificios o el sábado. Dios solo quiere su bien. Nada ha de ser utilizado contra las personas, y menos aún la religión.

Este Padre bueno es un Dios cercano. Su bondad está ya irrumpiendo en el mundo **bajo forma de compasión.** Jesús vive esta cercanía amorosa de Dios con asombrosa sencillez y espontaneidad. Es como un grano de trigo sembrado en la tierra, que pasa inadvertido, pero que pronto se manifestará como espléndida espiga. Así es la bondad de Dios: ahora está escondida bajo la realidad compleja de la vida, pero un día acabará triunfando sobre el mal. Para Jesús, todo esto no es teoría. Dios es cercano y accesible a todos. Cualquiera puede tener con él una relación directa e inmediata desde lo secreto del corazón. Él habla a cada uno sin pronunciar palabras humanas. Hasta los más pequeños pueden descubrir su misterio. Este Dios cercano busca a las personas donde están, incluso aunque se encuentren perdidas, lejos de la Alianza de Dios.

(José A PAGOLA. JESÚS, Aproximación histórica. cp 11. PPC. Extracto)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: ECLESIAÍSTICO 35, 12-14. 16-18

El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

Dios escucha los lamentos del pobre, del huérfano y de la viuda. Podrán ser desatendidos por los poderosos del mundo, pero Dios no los olvida. El Dios de Israel siempre ha sido visto como juez misericordioso a la vez que justo. Con los pobres y oprimidos ejerce la misericordia, escuchando sus súplicas; con los malvados y soberbios actúa severa y firmemente. A lo largo de todo el texto resuena el vocabulario usado para describir la esclavitud de Israel en Egipto. La conclusión es clara: un pueblo oprimido que experimentó la liberación de Dios **no puede permitirse el lujo de convertirse en explotador de los débiles.**

SALMO RESPONSORIAL: SAL 33

R. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R

El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R.

2ª LECTURA: 2ª TIMOTEO 4, 6-8. 16-18

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente.

He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.

Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone.

Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león.

El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo.

A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Hay dos maneras de dar la vida por Cristo: una, **gastarla día a día** tratando de que todos lo

conozcan; otra, **derramar la sangre** por su causa. Imitar a Pablo, que supo darla de las dos maneras, es un reto para sus discípulos. Este pasaje es el mejor epitafio sobre el sepulcro de Pablo. Al fin el atleta ha conquistado la ansiada *corona de salvación* por la que corría desde antiguo (1 Cor 9,24-27).

Tal vez este pasaje refleje en cierto modo la **experiencia vivida por la Iglesia** en la segunda generación cristiana. Son tiempos difíciles en los que lo más importante es **mantener fielmente** la ruta emprendida, a pesar de todas las dificultades y tribulaciones.

EVANGELIO: LUCAS 18, 9-14

Como dije la semana anterior, la liturgia nos ofrece dos evangelios sobre la oración, con dos secuencias: **la insistencia y dos maneras de hacerla.**

Esta parábola, propia de Lucas, es para Schökel muy importante porque describe satíricamente un tipo de religiosidad falsa y le contrapone un personaje auténtico. **Los dos son figuras tipo** que se pueden dar en cualquier tiempo y en todas las latitudes. **Es una historia ejemplar.**

Los elementos de esta breve historia, nos dice Bovon, están narrados con una simetría hábilmente desequilibrada. Entre las diferencias están: **la amplitud** de la oración del fariseo comparándola con **la breve** exclamación del publicano.

18:9 *En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:*

En esta segunda parte de la enseñanza sobre la oración Lucas contrapone la oración arrogante del fariseo a la sencilla y confiada del recaudador. La intención parece que se centra en la formación de todos ya que algunos se **tenían por justos despreciando** a los demás. Algunos de los discípulos pertenecen a la mentalidad farisea (16,15).

Esta gente que se creen justos, no son los que tienen una confianza legítima en sí mismos, sino aquellos que **solo sobreviven criticando** a los demás. Estos personajes, tienen la seguridad excesiva de una buena conciencia, y de una conciencia de clase.

10 - «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano

Dos figuras representativas del judaísmo de la época. En el templo se podía orar a cualquier hora del día. Para la oración pública se podía hacer o bien a las nueve de la mañana o bien a las tres de la tarde (tercia y nona)

El primer personaje es **un fariseo**. En aquel tiempo era tanto como decir una persona admirada y respetada. Es un hombre religioso porque va al templo a orar. Luego está **el publicano**. Era un recaudador de impuestos. Se les despreciaba porque estaban al servicio de Roma. Pertenecía al grupo de

los pecadores. A pesar de ello, es un hombre religioso porque también acude al templo a orar.

11-12. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:
"¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."

Lo hace siguiendo la costumbre de aquel tiempo: puesto en pie. Es la postura de la dignidad y del respeto a sí mismo y a los demás, porque nos permite mirar de frente, a los ojos. Hasta ahí todo va bien. Lo malo es lo que dice en su oración: da gracias a Dios por no ser como los demás. **Sus palabras reflejan un yo hinchado:** autosuficiencia, vanidad, engreimiento, soberbia, menosprecio de los demás... estaba como quien dice: encantado de haberse conocido. Se dedica a retratar su espléndida figura poniendo como contrapunto, como fondo oscuro, la vida de los demás. Y de querer convencer a Dios de lo buenísima persona que era.

En la acción de gracias el fariseo lo pervierte dando gracias a Dios por su propia bondad, la de sus obras y observancias. Y ahí está el fallo. **Porque ¿a quién queremos engañar, si El lo sabe todo?**

13 *El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo:*
¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.

Se puede ser un pecador y sentir en lo profundo **la necesidad de Dios**. Este hombre se esconde en un rincón para orar. Está avergonzado. Por eso reza con los ojos mirando al suelo. Y lo hace con un gesto muy expresivo: se golpea el pecho, el corazón, es decir, la conciencia. Su oración, además, es bien simple: "Ten compasión de mí, que soy un pecador". No tienen méritos que presentar sino **acogerse a la misericordia del Señor**. Cuando uno es consciente de su pecado no pierde energías pensando en los pecados de los demás. **Es un hombre humilde.**

14 *Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»*

Jesús pone a cada uno en su sitio, desenmascarando la religiosidad de cada uno y termina dando una sentencia, como si fuera un juez: **el primero salió como entró**. Sólo el segundo quedó justificado. La soberbia lo único que hace es empeorar las cosas. La humildad las remedia. El que se levanta sobre los otros para parecer más grande será humillado. El que se humilla reconociendo sus errores y pecados será fortalecido. El que se justifica a sí mismo permanece en su error. **El que reconoce sus errores y pide perdón está en el camino de la superación.**

3. PREGUNTAS...

1. ...algunos que, *teniéndose por justos...*,

Jesús no cuenta esta parábola para criticar a los sectores fariseos, sino para **sacudir la conciencia de "algunos"** -los de entonces y los de ahora- que se tienen por "justos" porque cumplen la norma, "seguros" de presentarse ante Dios **con derecho al cobro** por sus buenas acciones, y **despreciando a todo aquel** que no cumple y su vida no es "como Dios manda".

A Dios no le caen bien, -y creo que a ninguno de nosotros-, los engreídos y orgullosos, los poderosos, los seguros de sí mismos o los que se creen buenos dando por descontado que su vida agrada a Dios y **se pasan los días condenando a los demás**.

El **Papa Francisco**, ante la pregunta de un periodista sobre la homosexualidad hizo esta afirmación: "¿Quién soy yo para juzgar a un gay?" A todos ha sorprendido esta respuesta sencilla y tan evangélica.

- **Nosotros: ¿cómo nos presentamos ante Dios? ¿Nos presentamos creyendonos buenos, sin necesidad de perdón, de salvación?**
- **¿Cómo ando de humildad, de sencillez, de simplicidad, de apertura, de sensibilidad... yo que estoy en tantos grupos, que me creo tantas cosas, que me ensalzan tantas veces...?**

2. **"¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás.**

El fariseo se siente seguro ante Dios. Cumple todo lo que pide la ley mosaica y más. Todo lo hace bien. Le habla a Dios de sus «ayunos» y del pago de los «diezmos», pero no le dice nada de sus obras de caridad y de su compasión hacia los últimos. **Le basta su vida religiosa.**

Este hombre vive envuelto en la «ilusión de inocencia total»: **yo no soy como los demás**. Desde su vida «santa» no puede evitar sentirse superior a quienes no pueden presentarse ante Dios con los mismos méritos. De ahí su mirada de desprecio hacia el publicano.

"El fariseo **de ayer y de hoy** es esencialmente el mismo. Un hombre satisfecho de sí mismo y seguro de su valer. Un hombre que se cree siempre con la razón. Posee en exclusiva la verdad, y se sirve de ella para juzgar y condenar a los demás.

El fariseo juzga, condena, clasifica. El siempre está entre los que poseen la verdad y tienen las manos limpias. **El fariseo no cambia, no se arrepiente de nada, no se corrige.** No se siente cómplice de ninguna injusticia. Por eso, exige siempre a los demás cambiar, renovarse y ser más justos.

Quizás sea este uno de los males más graves de nuestra sociedad. Queremos cambiar las cosas. Lograr una sociedad más humana y más habitable. Transformar la historia de los hombres y hacerla mejor. Pero, ilusos de nosotros, **pensamos cambiar la sociedad sin cambiar ninguno de nosotros.**" (Pagola)

- **¿Me veo reflejado en este personaje en actitudes y comportamientos ante Dios y los demás? ¿En cuales?**

3. **Oh Dios, ten compasión de este pecador.**

El recaudador no se atreve a levantar sus ojos del suelo. Se golpea el pecho, pues reconoce su pecado y su vergüenza. Es un funcionario deshonesto y corrupto que no trabaja para el templo, sino para el sistema establecido por Roma.

No encuentra nada grato que ofrecer a Dios. Y tampoco promete nada, ni puede restituir, ni dejar su trabajo. Se siente indigno ante los demás y ante Dios. Solo puede abandonarse a la misericordia y al perdón del Dios.

Y otra vez Jesús les cambia el enfoque de la vida. Ha pillado a todos por sorpresa. "Este recaudador bajó a su casa justificado por Dios, y aquel fariseo no". Aquel recaudador que **se abandona a su misericordia**, sin comprometerse siquiera a cambiar su vida, baja a su casa reconciliado con él.

Ante la norma que regía el comportamiento de todo el pueblo: "*Sed santos como Yahvé es santo*", que llevaba a la exclusión de los pecadores y de los pueblos paganos de la cercanía a Dios, Jesús quiere que seamos **"compasivos como vuestro Padre es compasivo"**.

El relato no es solo una historia ejemplar sobre la oración sino una invitación a **descubrir la misericordia insondable de Dios**. Y sobre todo nos descubre Jesús cómo Dios reacciona cuando escucha las oraciones, en este caso de dos personas de vida religiosa y moral tan diferente. **El piadoso y el granuja**

Cuando uno actúa como el fariseo, se sitúa ante Dios desde una religión en la que no hay lugar para el recaudador. Cuando uno se confía a la misericordia de Dios, como el recaudador, **se sitúa en una religión donde caben todos**.

Recuerdo las palabras del **Papa Francisco** en su bula de convocatoria del año de la Misericordia. Es bueno que la hagamos carne en nosotros.

"Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. (1)

Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. (3)

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo". (10)

- **¿Será verdad que la última palabra no la tiene la ley, que juzga nuestra conducta, sino la misericordia de Dios, que acoge nuestra invocación?**
- **¿Será esta la verdadera religión, la religión del reino de Dios?**

Juan García Muñoz (jgarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>